

La educación: una mirada profunda

Jonathan Muñoz Salcedo

En este ensayo quiero tratar un tema complicado, preocupante y de pertinente aflicción: la educación, particularmente el sentido contemporáneo de la misma. El mundo ahora gira al revés, además lo hace rápidamente y la aldea global de consumo trae consigo un cambio en los significantes ideales de la cultura del momento, hecho que nos induce de manera inescrupulosa en una nueva moral: la moral del "tener" para "ser". Así, quiero construir mi mirada en sentido crítico. Según Adorno (1969), "el crítico cultural habla como si fuera representante de una intacta naturaleza o de un superior estadio histórico; sin embargo, él mismo participa necesariamente de esa entidad por encima de la cual se imagina egregiamente levantado" (p. 205). Quiero declarar que mi posición no es producto de altivez o pretensiones sublevadas, sino más bien, una postura de intranquilidad ante la situación-problema. Como producto de un ejercicio de investigación, presentaré datos estadísticos (Guzmán Ruiz, Durán Muriel, Franco Gallego, Castaño Vélez, Gallón Gómez, Gómez Portilla, y Vásquez Velásquez, 2009) que aportan luces sobre un fenómeno social que se viene presentando en diferentes países de Latinoamérica y que a su vez, también son motivo de curiosidad en mis adentros, y espero, ulteriormente en ustedes suceda lo mismo. En fin, voy a hablar sobre el sentido y significado del joven. Este concepto me sirvió, como la instrumentación universitaria, para generar hipotéticas ideas de alumbramiento a una situación que tiene a mi generación en el naufragio mayúsculo de la realización personal.

La educación y el consumismo

El consumismo ha dictado una preocupante práctica de exclusión, la de "si no tienes, no eres", ya que la nueva moral cree que en el adquirir cosas va a llegar a encontrarse la identidad que el hombre a lo largo de su existencia se ha pasado buscando. De igual manera, se produce una práctica de inclusión y exclusión en nuestra sociedad, y esta es la educación, y yo diría que, lastimosamente "si no estudias, no eres".

La educación se ha abierto paso en las sociedades que ven en el conocimiento la manera de progresar y desarrollarse, no hay discusión en este aspecto, pero se ha convertido, tristemente, en un producto más de la industria cultural, hecho que deriva en que el ser humano perdió la noción de conocer que tenía, puesto que ya no es el ejercicio intelectual que buscaba engrandecerlo, sino un estatuto más en su proceso para conseguir "cosas" y llegar a alcanzar el éxito que la sociedad materialista le ofrece como "bueno". Ya lo dice Bauman (2005) (...) El conocimiento tenía valor puesto que se esperaba que durara, así como la educación tenía valor en la medida en que ofreciera conocimiento de valor duradero" (p. 26). Hoy no, y no solo por el hecho de que la educación es ya un producto más, sino también porque no es ajeno a nuestra realidad que los conocimientos que se tienen hoy, mañana ya son obsoletos. No preciso que se pierda la actualización en cuanto a conocimiento se refiere, tampoco estoy haciendo una crítica a la ciencia y mucho menos estoy tratando de limitar sus contenidos, solo refiero que sería prudente valorar adecuadamente el conocimiento y no adquirir y desechar, que es la dinámica moderna que entretiene al ser humano. Como lo escribió Bauman (2005) citando a Calvino (1971), "nuestro mundo recuerda cada vez más la 'ciudad invisible' de Leonia de Italo Calvino, donde la opulencia puede medirse, no tanto por las cosas que se fabrican, se venden y se compran cada día; (...) sino, antes bien, por las cosas que se tiran diariamente para dejar lugar a las nuevas" (p. 28-29).

Por lo anteriormente presupuestado para nuestra educación, no es de extrañarnos que como parte de un mercado mundial de los objetos, la misma haya perdido su sentido primordial, su propósito de engrandecer al hombre y encaminarlo hacia la realización de su leyenda personal, quedándose corta y solamente en el brindarle un "título" que pareciera ser identidad, pero que en verdad resulta siendo simplemente contorno a una figura sin fondo totalmente deshumanizada. Mientras el tener prime sobre el ser, y el saber y el conocer ya no sean algo que perdure, nuestra educación seguirá caminando al ritmo que le susurra la

economía mundial, y el hombre verá en ella un medio para adquirir las cosas como los objetos y no encontrará jamás su verdadero fin, que no es más que el de humanizarlo.

Habiendo evocado el neo-direccionamiento que posee nuestra educación, y mencionado una de las causas más influyentes en la situación-problema de mi presente escrito, me dispongo ahora a apuntar directamente, con mirada profunda, crítica y reflexiva, hacia aquel punto de quiebre entre lo que yo llamo mal-educación y bien-educación.

Ya sean números, ya sean letras, sean elogios o reproches, la educación (al menos en los últimos tiempos) ha efectuado un método en el que quizá y aunque no lo crea, encuentra precisamente uno de sus mayores inconvenientes, no solo consigo misma, sino también con quienes se adhieren a ella. Llámese calificación, entiéndase como medición o disfrácese como objetividad, es y será un error pretender lograr uniformidad en el ser humano, es y será un error vislumbrarnos a todos como una totalidad negando nuestra individualidad, y por último, es y será un error, pensar que en una calificación se mide la esencia, inteligencia, prudencia, comportamiento, efectividad, y lo que es peor, pensar que con base en dicha medición, unos sean mejores o peores que otros, cuando un hombre jamás será peor o mejor que otro, simple y llanamente es y será diferente, por ello pregunto: ¿Cómo medir con base en la igualdad lo que es diferente?

Fuese de mi parte injusto, y además cínico, culpar en total medida del fenómeno anteriormente expuesto solamente a la educación, puesto que no es así, ya que en la actualidad se erige un concepto con tanta fuerza y en gran medida apoyado por las ciencias exactas, que quiere hacer del hombre un superhombre pero no aquel humanizado del que hablaba Zaratustra (Nietzsche, 1969), sino uno basado y totalmente medido en la eficiencia, el concepto de moda que más gusta al materialismo contemporáneo.

Parece ser utópico y hasta sublevado pensar que pueda existir una educación que no busque medidas perfectas, pero parece menos utópico y nada sublevado, pedir que se piense, se examine y se trate, a ese achaque que adolece nuestra pedagogía, porque como mencioné anteriormente, no es solo problema de quienes nos la dictan, sino molestia para quienes se adhieren a ella, puesto que el estudiante padece, día a día, las consecuencias exactas de ser medido como igual, cuando en realidad, la única semejanza que poseemos con el otro, es que somos diferentes.

Un poco de estadística

El Ministerio de Educación Nacional de Colombia, a través de estudios realizados en cohortes y ulteriormente analizados a fondo (Guzmán Ruiz, Durán Muriel, Franco Gallego, Castaño Vélez, Gallón Gómez, Gómez Portilla, Vásquez Velásquez, 2009), ha arrojado tasas de deserción por parte de la población estudiantil inscrita en programas de educación superior de entre el 45% y 50%, lo que significa que cerca de uno de cada dos estudiantes que ingresan al sistema, no culmina sus estudios o al menos no en la entidad o programa que inició (pp. 13, 58).

La problemática en nuestro país se encuentra ajustada a la dinámica latinoamericana de este fenómeno social; países como República Dominicana, Bolivia y Uruguay, presentan cifras de deserción que van más allá del 70% de su población estudiantil; Venezuela, México, Chile y Brasil se encuentran entre el 50% y el 60%; Honduras, Colombia, Argentina y Cuba presentan los índices de deserción más bajos, mas no por tanto menos preocupantes. Argentina y Cuba, con valores del 40% y el 25% respectivamente ocupan los últimos lugares en cuestión de deserción (p. 67).

En concordancia con el último informe regional del Instituto Nacional para la Educación Superior en América Latina y el Caribe -IESALC- presentado en 2006, anualmente se gradúan cerca del 43% de los estudiantes que ingresan a su educación superior, exceptuando a Cuba; lo que quiere decir que el 57% restante deserta o se demora un tiempo mayor en graduarse. Es preciso señalar que son datos de aproximación al fenómeno y que en Colombia se presenta un índice de titulación regional del 49% (p. 68).

La deserción se nos presenta como un fenómeno generacional, ya que mientras las cohortes que ingresaron en el año de 1998 presentan una deserción del 43.1%, las cohortes que ingresaron en 2003 llegaron a niveles superiores al 50% en décimo semestre (p. 69).

Discusión

Yo podría continuar durante un largo tiempo exponiendo datos numéricos, valores estadísticos y demás precisiones aritméticas que nos llevarían a una angustia superior, pero no es preciso, no es el lugar y mucho menos el momento, sin embargo, no se trata de abandonar el tema y mucho menos la incógnita que nos genera. La pregunta es entonces: ¿Qué está

pasando con la educación? ¿Qué sucede con la población estudiantil? ¿Qué factores o limitantes están haciendo renunciar a nuestros estudiantes? y por último, pero jamás menos importante, ¿Qué vamos a hacer para girar de vuelta al camino virtuoso que poseía la educación?

A las preguntas anteriormente enunciadas, no quiero dar más respuestas que las que ya se dilucidaron en párrafos anteriores, solo pretendo e insto a quienes pueda interesar, se ocupen no solo de responder sino más bien de cambiar, -o al menos intentarlo- y comenzar, ese obstáculo que limita los horizontes de nuestra bien amada educación y la pone a claudicar en su ejercicio humanizante que hoy parece pretender cesar, porque según vemos, nos pudo más el tener sobre el ser, y nos pudo más el medir que el aceptar la diferencia.

Por ahora y para terminar, quisiera hablar brevemente del joven, por ser pieza angular en la situación-problema del presente escrito, y no encuentro mejor manera de hacerlo que aludiendo a Kapuściński, cuando en su libro *Sobre el buen periodismo* (2002), él hace una bella reflexión con base en el joven, acerca de los dilemas en la relación entre generaciones, de los problemas de comunicación entre ellas, y de los obstáculos que se generan a partir de los prejuicios en el choque generacional:

Siempre les aconsejo que se esfuercen por encontrar una forma de comprenderlos, de mediar y de concertar con ellos. En efecto, los jóvenes, por definición, están destinados a vencer. ¿Por qué? Pues por la sencilla razón de que son más jóvenes, y por eso mismo pertenecen a una época y una civilización en las que quien es más viejo, es incapaz de seguir su estela. Mi sugerencia es, por tanto, la de no olvidarlo y, en lugar de combatirlos ciegamente y sin hacer ningún esfuerzo por ver las cosas desde su perspectiva, intentar antes que nada una solución de compromiso (pp. 21-22).

Hube aludido a estas letras del periodista, puesto que el joven no puede continuar siendo visto con mirada inquisidora, como algo a lo que temerle y como un sospechoso de delito, sino más bien, deberíamos sospechar que son los jóvenes quienes por padecer más directamente los ideales del mundo del ahora, que no son más que el "edúcate, produce, consigue y vuelve a producir", aquellos mismos que quizá posean la respuesta a dichos ideales y dicha cultura, que pretende desdibujar su opinión, agotar las fuerzas que su juventud le confiere y ensimismarlos en el pensamien-

to de que el único sentido existente es la realización económica, es decir, a la larga, envejecerlo, cargarlo de responsabilidades a base de dinero y de las cosas por obtener con aquel mismo dinero, ingresándolo a un sistema circular de bienes materiales que lo único que logra es aplacar el desarrollo de su identidad y el ejercicio de su propia libertad.

Conclusión

Por todo lo anterior, quiero resumir que nuestra educación, esa misma que nos reúne y que nos sostiene en el tiempo, merece una mirada profunda que analice que nos estamos perpetuando o que estamos recurriendo al olvido, a borrar una generación en la que la educación se encuentra aparentemente tan distante de aquél quien la crea, el hombre, el ser humano que anhela encontrar la razón de su existencia.

Referencias

- Adorno, T. (1969). *Crítica cultural y sociedad*. Barcelona: Ariel.
- Bauman, Z. (2005). *Los retos de la educación en la modernidad líquida*. Barcelona: Gidesa.
- Guzmán Ruiz, C., Durán Muriel D., Franco Gallego, J. Castaño Vélez, E. Gallón Gómez, S., Gómez Portilla, K. Vásquez Velásquez, J. (2009). *Deserción estudiantil en la educación superior colombiana*. Bogotá: Imprenta Nacional de Colombia. Recuperado de: http://www.mineduacion.gov.co/sistemasdeinformacion/1735/articles-254702_libro_desercion.pdf .
- Kapusiński, R. (2002). *Sobre el buen periodismo*. Barcelona: Editorial Anagrama S. A.
- Nietzsche, F. (1969). *Así hablaba Zaratustra*. Madrid: EDAF